

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS es una iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, junto con el Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia y persigue la divulgación masiva de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores del género, en ediciones bellas y económicas, que durante los próximos 7 números se distribuirán con la revista *El Malpensante*.



N.º 2

ANDREA COTE BOTERO

PUERTO CALCINADO

**UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO**

2003

ISBN 958-616-828-X

© ANDREA COTE BOTERO, 2003

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2003

Derechos exclusivos de publicación y distribución de la obra

Calle 12 n.º 1-17 Este, Bogotá, Colombia. Fax 342 4948.

www.uexternado.edu.co

Primera edición: noviembre de 2003

Diseño de carátula: Departamento de Publicaciones

Fotomecánica, impresión y encuadernación:

PANAMERICANA, formas e impresos, con un tiraje de 12.500 ejemplares

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

CONTENIDO

I	II
La Merienda	13
Casa de Piedra	16
Atado a la orilla	19
Un rincón para quedarse	21
Y todavía no tenía miedo	23
Planto	24
Nuestro Perdón	27
La noche en ti queda	29
Quédate	31
Canción para la noche	33
II	35
Fervor de tierra	37
Siembra Triste	40
Historia	42
Olvidado Paisaje	46
Lección para Penélope	48
Casa vacía	50
De lo que queda	51
Adagio	53
Lo inconveniente es tu cuerpo	54

III	55
Presagio	57
Deshacer el pudor	58
El indicio helado de mi mano	60
Travesía	62
Laberintos	63
Ascendente	64
La noche de los viejos no duerme	65
El paisaje no te habla nunca	67
De callejones	69
Para después	71
LA AUTORA	72

El sol se ha ahogado.

BAUDELAIRE

La noche en mí no entra, de mí sale.

FELIPE GARCÍA

Para María Alejandra

I

LA MERIENDA

También acuérdate María
de las cuatro de la tarde
en nuestro puerto calcinado.
Nuestro puerto
que era más bien una hoguera encallada
o un yermo
o un relámpago.

Acuérdate del suelo encendido,
de nosotros rascando el lomo de la tierra
como para desenterrar el verde prado.

El solar en donde repartían la merienda,
nuestro plato rebosante de cebollas
que para nosotros salaba mi madre,
que para nosotros pescaba mi padre.

Pero a pesar de todo,
tu lo sabes,
habríamos querido convidar a Dios
para que presidiera nuestra mesa,
a Dios pero sin verbo
sin prodigio
y sólo para que tú supieras,
María,
que Dios está en todas partes
y también en tu plato de cebollas
aunque te haga llorar.

Pero sobre todo, María,
acuérdate de mí y de la herida,
de antes de que pastaran de mis manos
en el trigal de las cebollas
para hacer de nuestro pan
el hambre de todos nuestros días
y para que ahora,

que tú ya no te acuerdas
y que la mala semilla alimenta el trigal de lo desaparecido
yo te descubra, María,
que no es tu culpa
ni es culpa de tu olvido,
que es este el tiempo
y este su quehacer.

CASA DE PIEDRA

Era corriente
y deslucido
y mohíno
el ademán,
con que dábamos la espalda a la casa de piedra de mi padre
para hondear faldas floreadas
y de luz
en nuestro puerto desecado.

Por primera vez
y sin nodriza,
bordeábamos la arcada de la tarde,
todo para no ver
las manos de piedra de mi padre
oscureciéndolo todo,
apresándolo todo,
sus palabras de piedra

y cascarrina
lloviendo en el jardín de la sequía.

Y nosotras en fuga hacia calles blanqueadas
y farándula de mediodía
y ellos repitiendo
en la puerta de piedra:

catorce años,
falda corta,
zapatos rojos sin usar.

Éramos en avidez musical
y de fasto
y malabares,
ante la lustrosa acera,
antes de quedarnos parados
y sin voz
para ver la desolada estampa,
la ruina.
Pues el silencio,
que no el bullicio de los días,
atraviesa.
El silencio,
que es que son treinta y dos los ataúdes
vacíos y blancos.

ATADO A LA ORILLA

Si supieras que afuera de la casa,
atado a la orilla del puerto quebrado,
hay un río quemante
como las aceras.

Que cuando toca la tierra
es como un desierto al derrumbarse
y trae hierba encendida
para que ascienda por las paredes,
aunque te des a creer
que el muro perturbado por las enredaderas
es milagro de la humedad
y no de la ceniza del agua.

Si supieras
que el río no es de agua
y no trae barcos

ni maderos,
sólo pequeñas algas
crecidas en el pecho
de hombres dormidos.

Si supieras que ese río corre
y que es como nosotros
o como todo lo que tarde o temprano
tiene que hundirse en la tierra.

Tú no sabes,
pero yo alguna vez lo he visto
hace parte de las cosas
que cuando se están yendo
parece que se quedan.

UN RINCÓN PARA QUEDARSE

Ya no requieras, María,
el alma de las cosas desprovistas,
que no son más que huesos de esta casa muerta.

No busques el vacío de tu cuerpo en las paredes
que no saben de ti
que por ti no preguntan;
ni tampoco cicatrices en el aire
de azul embalsamado
que sólo está aquí como prueba de un cielo abolido.

El paisaje es todo lo que ves,
pero que no sabe que existes,
así como estas cosas que nada contarán de ti,
de tus heridas.

Acuérdate María,
que tu eres la casa y las paredes
que viniste a derrumbar
y que la infancia es territorio
en que el espanto anhela
no sé qué oscuro rincón para quedarse.

Y TODAVÍA NO TENÍA MIEDO

Madre,
recógeme el sonido de la lluvia en el tejado del abuelo
cuéntame de las noches en que descubrí la sed por los
acantilados
y de cómo desprendiste el fuego de la luz
para permitirnos el encuentro con nuestros primeros
demonios.
Recuerda nuestra estancia eterna en los rincones de la casa
cuando aún llovían tardes grises en la arena
y la lluvia mohosa venía con Abril
y todavía no tenía miedo.

PLANTO

María,
hablo de las montañas en que la vida crece lenta
aquellas que no existen en mi puerto de luz,
donde todo es desierto y ceniza
y es tu sonrisa gesto deslucido.

Allí es Enero el mes de los muertos insepultos
y la tierra es el primer cadáver.

María,
¿No recuerdas?,
¿No ves nada?
Allí nuestras voces son desecas
como nuestra piel
y se nos queman los talones
por no querer saber
de las casas incendiadas.

Hablo María
de esta tierra que es la sed que vivo
y el lecho en que la vida está enterrada.

Piensa María,
en que esto no es vivir
y la vida es cualquier otra cosa que existe
húmeda en los puertos donde el agua sí florece,
y no es hoguera cada piedra.

Acuérdate, María,
que somos
pasto de perros y de aves,
somos hombres calcinados,
cortezas vacías
de lo que éramos antes.
¿De qué estás hecha?, niña mía,
por qué crees que puedes coserle la grieta al paisaje
con el hilo de tu voz,

cuando esta tierra es una herida que sangra
en ti y en mí
y en todas las cosas
hechas de ceniza.

En nuestra tierra,
los cuervos los miran a uno con tus ojos
y las flores se marchitan
por odio hacia nosotros
y la tierra abre agujeros
para obligarnos a morir.

NUESTRO PERDÓN

Pero nosotros
que somos humanos
que a la postre y sin tino
nuestro don acogemos:
La malograda cosecha
del macerado perdón.
Nosotros,
que en el horizonte de azul maltratado,
amarillo rabia,
verde paciencia,
debajo ponemos
nuestro exceso;
lo que a expensas de tanta piedad
a diario regamos
de nuestro único
y amargo
y malgastado perdón.

Nuestro perdón
que bálsamo rancio,
multiplica
en su dignidad desgastado
nos llena con la gris calma
y de pronto
mil perdones,
sin mirar a los que se pasean
se ufanan,
se avienen con nuestro perdón
y lo dan
a la siega maltrecha
de un impúdico campo.

LA NOCHE EN TI QUEDA

Y si la cama es ancha
es porque eso es el pavor
que no
que el sueño no es que el cielo te cae en la cabeza
la noche en ti queda
o el horizonte
rojo sangre,
verde botella.
Que qué será de ti
mi melindrosa,
que sí,
que el tiempo aunque tiempo no acumula
no seas zángana
ni pérfida
aprende a cerrar los ojos adentro de los párpados.
Que hagas caso
mi mimada

que en *mejor duérmete mi niña* se ahogan todas las infamias.
Que no,
que la cama no es sólo para el sueño,
que la noche no es Dios con los párpados cerrados.

QUÉDATE

Y te darás a esta noche,
a su justa verdad.
Te veremos larga
y fluvial,
como si fueras de musgo
o de tierra mojada,
vanidosa muchacha,
altanera con el paisaje
y con la sed
que está en todas las cosas.

Si te quieres quedar
tendrá que ser en nuestra tierra rasgada,
si en ella ves algo
es la herida en que quedó tu mirada,
pero todo está muerto
niña arrojada
a esta tierra ofendida.

La oscuridad que teníamos
la escondimos en el armario de cuando éramos niños,
y ahora sólo te tenemos a ti
que quieres llover sobre la siembra quemada
y que traes la lama y el moho
a este plano escarmentado de luz.

Quédate
y te veremos,
postergada al fin,
unida
al desgarrado paisaje,
no como eres,
sino por nosotros unguida,
santificada
triste.

CANCIÓN PARA LA NOCHE

Mansa, marianita,
mejor acuéstate sin piel
sin corazón
que tienes que dormir todo tu sueño
aunque la casa esté incendiada.
Yo sé del animal que te devora
pero el amor es un hueso
que rompe todos los lados del cuerpo.
Déjate llevar hasta el amparo
que de la noche hasta la noche
hace este impecable paseo
que es dormirse
como entre los brazos de Dios
y la mañana que por ti
aún es una cosa luminosa.
Acuérdate María
que este lecho es una balsa

no pierdas el sueño como el barco, niña,
ni murmures el nombre
de la astilla que tienes por corazón.
Yo sé, mi marianita
que cuando despiertes ya sabrás
que te han puesto un dolor
en el centro del dolor,
pero deja que pase,
que cese esta celestial algarabía
y que todo lo que aquí contigo vive,
también duerma.

II

FERVOR DE TIERRA

*Que este hambre propio
existe,
es la gana del alma
que es el cuerpo.*

BLANCA VARELA.

Yo digo
fervor de tierra,
y es la maleza
que es el tiempo
y es la maleza
que es Dios
creciendo en descampado,
la maleza de Dios,
que es el cuerpo.

Pero nadie se ocupa del fervor
del sagrado corazón,

sagrado pulmón,
nuca,
falange,
costilla
del sagrado húmero ya no se ocupa nadie.

Yo digo
fervor de tierra
y es la rabia que cosecha el cuerpo
que lo taja
y lo hunde en la maleza de los días.

Tenemos un fervor ufano,
profano,
fervor desde arriba,
desde abajo
y en la tierra
que es donde ponemos la herida que nos hizo la mano de Dios:
el cuerpo.

Yo digo
fervor de tierra
y es la maleza
la rabia que nos siembra
en la tierra del fervor.

SIEMBRA TRISTE

No salgas al campo vacío
todo sembrado por debajo
del dolor todo.

No bebas el agua de los ríos
los que
y por debajo
duermen
las ciudades extraviadas.

No mires de frente a los árboles
Porque ellos están humillados,
y ocultan las rojas raíces en los hoyos del aire.

No salgas al campo
y las piedras no te hablarán de su sed
y la selva no será odio
y la aurora no será el horror.

No salgas y no habrá otro espanto
que el de este
redondo fondo sembrado de lo muerto
donde aún ,
ahíto
y diezmado,
te amenaza el amor.

HISTORIA

Mi confesión tiene miedo
aún así,
deja que pase
que esto que escribo no es como hablar
niño
sólo es dejar de hacerlo
y la que nada puede
es la que dice que no
que me tapo el vacío con el cuerpo
y lo que oigo
no es el sonido
de lo que viene a instalar la madrugada rugiente,
los estíos
las pérdidas,
sino la voz
de los que no te dejan dormir
cuando dicen

que hay que pagar por el sueño
y acordarse de lo peor
que es Dios resbalando
en las mejillas
de los niños
que saben que van a morir.
Mi confesión tiene miedo
pero esto que escribo
no es como hablar, te digo,
sólo es dejar de hacerlo
me tapo el vacío del cuerpo
que es lo que como
y rompo
y malgasto
en la trastienda del amor
y la palabra
que es la que nada puede
es la que dice
que no guardes mi tiempo plisado

en tu baúl de escolar
mientras confieso
que no hago otra cosa que mirarte
y que esto que escribo no es como hablar
que me tapo con vacío el cuerpo
que es lo que tomo
y rompo
y reclamo
en la trastienda del amor.
Mi confesión tiene miedo
y dejas que pase
y los que no nos dejan dormir son los que dicen
que Dios resbala en la mejilla de los que
van a morir temprano
y se acuerda de lo peor,
de que esto que como
y rompo
y malgasto
es la trastienda del amor

de los que no nos dejan dormir
porque dicen
que hay que pagar por el sueño
y doblarlo
y temerlo
arrugado
en tu baúl de escolar
que es lo que nada puede
pero dice
que me gusta saber que estás cerca
y que escribo para no hablar
de los días
y de lo que urgente
se prepara para pasar.

OLVIDADO PAISAJE

Como a una muñeca rota
cuélgame los ojos de ver
las manos de palpar,
pero déjame este pecho
sin pecho
para no sentir de nuevo aquí,
en el medio,
tu don de esta sombra
que pesa como un cuerpo.

Sombra en sombra,
mi sombra,
que es la parte en mí donde más hurgas
y abres agujeros
que no sé coser
con este,
mi cuerpo de tocar.

Pero dime además
si es para esto
padre
que me has puesto en medio de tus cosas
o para que te suplique
cada día,
cada noche,
que me des una mirada
y ni uno sólo más de estos verbos tristes y pesados,
que me siembres
en el medio de los ojos rojos
una ceguera de plomo
porque no sé,
padre,
para qué tantas palabras
y no poder hacer
de esta rabia un olvidado paisaje.

LECCIÓN PARA PENÉLOPE

Con hilos dorados
hilos de plata
que las niñas aprendan a coser.
En el ojo de la aguja debes ver como en la cerradura:
envuelve las madejas
desenrolla.
No te olvides
hay que dejar un agujero para la cabeza
dos para las manos
hay que llenar la tela de agujeros
para que los pájaros
vengan
a comerse tu piel.

¿Dónde me pusiste los hilos que te di?
¿Dónde las tijeras?
No me mires con ojos de anciana

niña Parca,
las niñas malas deshacen su tejido por las noches.
Apréndete bien esta labor.

CASA VACÍA

Todos los días me deshago de la hierba que crece dentro de la casa

pero crece de nuevo,
rompe la casa y la deshoja.

A la casa entran todo el tiempo cosas que se hunden en la hierba.

Mi cuerpo es esta casa vacía

A la que también yo entro
pero que no me habita.

DE LO QUE QUEDA

Dicen que soñamos la casa
y que la nodriza está loca.
Dicen que la casa no existe
y que la nodriza quiere
colgar el tiempo en los relojes.
Nos sirve raciones de pan,
pero el pan no es alimento
sólo es el mismo pasto
que luego se come el cuerpo.
Verás,
lo que nos dan de beber
no es de verdad
y la inaudita cabellera de María
tampoco existe
sólo existe el dolor que te mata y te rasguña
en tu cuerpo inventado,
sólo existe la negra contienda por un pedazo

de lo que queda
y de lo que larga
y hondamente
prodiga la sed mentirosa
la fiebre
y el pánico
del azogue del amor
y de lo fatal
que es la obsesión
por recostar la cabeza y decir:
Padre, déjame entrar en la tierra que sí existe

ADAGIO

Nos cubrimos con la carne,
que es lo que pesa
a veces de lodo o de piedra,
pesa en el verbo
en el mediodía,
en el silencio de loza de las casas.

Pero la carne no es lo que cuentan,
resiente el paso,
el alboroto,
nos guarda un enjambre de clavos o pavores.

Roja,
o verde,
o del color de la ceniza cuando cae.

Sí,
No hay nada más fuerte que la carne.

LO INCONVENIENTE ES TU CUERPO

Lo inconveniente es tu cuerpo:
No convienen sus mansedumbres animales,
el escándalo de selva que respira
ni el escaldado estruendo de la espalda
que cosecha la hierba del delirio.

Es inconveniente tu cuerpo
que sucede en lúcida desnudez
y multiplica al deseo
como a una bandada de palomas espantadas

III

PRESAGIO

La muerte es un juego que perdemos.
Es preciso, en tanto,
no agotarse
arrancarse el pecho del pecho,
escondérsele para siempre a la sombra,
no dejar ningún aroma en los cuartos,
no abarrotar el olvido.
De todas formas
uno se va a la muerte con hambre.

DESHACER EL PUDOR

Es la hora del rastro de ruido en tus zapatos,
del agolpamiento de los pasos que preceden
a ese largo
tu arribar sin ti
que es esperarte.

Vienes a entregar
tu cuerpo
mientras yo exhibo
la novedad de mi espalda recién lavada
como una buena noticia.

Te quitas los zapatos en la puerta,
y ese
es el tiempo que empleo
en destejer tus cuerpos de mi cuerpo
y en deshacer el pudor,

una vez más,
de no contar,
una vez más,
de no pedirte que me cuentes
cuántos somos.

EL INDICIO HELADO DE MI MANO

Es para ti que impertinente
deslizo
en la marejada de la noche
el indicio helado de mi mano.
Mi mano incalculable
mi mano que alcanza tu mano en otra casa.
Me desviste de piernas
y de brazos,
y tú no aciertas a creer que soy yo.
Yo sin cintura,
sin blanca,
sin salientes,
sin medir el agujero de mi mano vacía de la mano
que deja que pasen los iceberg
y los vientos.

Y tú que no atinas a pensar
que yo llegaría así
sin trueno
sin disparo
crees que es otra vez el témpano
o el pánico.
Pero sólo es mi mano,
mi mano
o la mañana
que entra
y te descrece
y pone el vacío donde estaba yo.

TRAVESÍA

*Los meses y los días
son viajeros de la eternidad*

MATSUO BASHO

Esta barca nos conduce por la gravedad de nuestros días,
pero ya presente
que el mundo y los días
son el sueño.
Hemos viajado
y el tiempo no nos dejó ir a ninguna parte
pues no conoce la multitud de los minutos.
Sin embargo,
persiste aún el movimiento de las olas,
la barca,
la tan humana creencia en que hacemos este viaje.

LABERINTOS

Sé que caminamos por vías paralelas
hacia el centro de algo.

Pero mientras anochece en ti y en mí
ya no hay retorno.

No ignoras que para Ariadna
el hilo era una forma de llegar adentro.

ASCENDENTE

En esa travesía,
en que la otra orilla nos desampara,
descendemos a la noche con ansia de amante.
Regresamos
—como hubiera querido Orfeo—
sospechando.

LA NOCHE DE LOS VIEJOS NO DUERME

Los viejos aquí tienen una extraña costumbre:

No duermen.

Se encuentran misteriosamente atentos a sus relojes de cuerda,

aunque también es cierto que a los viejos
los acosa una muerte sonámbula.

No duermen.

Entran al sueño como a la casa,
y con ellos la tormenta del no poder dormir.

Los viejos se olvidan del sueño,
para no tener que sumar a los enseres del cuerpo
las cosas
que el río que corre atado a su tiempo,
les ha traído de vuelta.

La noche de los viejos no duerme.

Será porque las tormentas agravan el clima de la casa
y en esa casa
ya hace demasiado olvido.

EL PAISAJE NO TE HABLA NUNCA

Salí,
puse mi casa al hombro,
mi casa en ti,
hice de la ciudad un corredor,
un corredor de ciudades atestado
y dije para ti lo que es la huída
–quedarse en lo que no está–

Si sales a tu puerta
ves la calle que pasa,
los niños que pasan
y los pájaros prendidos en la tela del aire
pero todo esto es lo que no quieres ver,
lo que quieres dejar detrás,
pero se muere en ti.
El paisaje no es donde tú estás
y la selva no es tu espesura.

El paisaje no te habla nunca,
no sabe que estás aquí
y si le coses paredes
o flores
ellas te desconocerán
y apresarán tu paisaje.

DE CALLEJONES

No quiero
este sol de esquiras y de lata,
ni morar debajo de la piedra ardiente
que es como una selva de luz.

No quiero la esquina triste,
ni el monstruo sediento,
ni el cuerpo como puerto
o naufragio,
o esta nostalgia de dioses
e inmensas catedrales.

Pero verás,
mi mano es un mapa
de las calles que aprietan,
y cada una de las ruinas

de estos callejones
es el reflejo de una grieta en mi rostro.

No me gusta saber
que mi cuerpo es una herida
y el vano anhelo de estos días
una sed de estar enfermos.

PARA DESPUÉS

Temo que el infierno sea tan largo como el silencio de Dios,
que su tiempo este habitado por el frío de los templos.
Temo que el silencio sea silencio afuera de la muerte,
que luego del tiempo aún conservemos la memoria.
Temo no dormir tampoco en ese sueño eterno
y que hasta allí nos siga la desesperación de los relojes.

ANDREA COTE BOTERO (Barrancabermeja, 1981). Poemas suyos han sido publicados en varias antologías de Colombia, México, Perú y Nicaragua. Entre los años 1999 y 2001 dirigió el Festival de Poesía de Barrancabermeja. Estudió literatura en la Universidad de los Andes y se ha desempeñado como docente en esa área.

En el 2002 obtuvo el Premio Nacional de Poesía de la Universidad Externado de Colombia con el libro *Puerto Calcinado*.



FERNANDO HINESTROSA
40 AÑOS DE RECTORÍA 1963-2003

Editado por el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en octubre de 2003

Se compuso en caracteres Garamond de 10 puntos y se
imprimió sobre papel propalibros de 70 gramos,
con un tiraje de 12.500 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post Tenebras Spero Lucem

